



SIRVIENTES Y PATRONES

POR: MAC MARGOLIS

PDF



LO MÁS LEÍDO



Las quejas relacionadas con los sirvientes en Brasil son tan antiguas como el Nuevo Mundo. Y, sin embargo, como en la telenovela nocturna, donde el argumento a menudo excita a empleados y patrones, las clases acomodadas parecen no poder prescindir de su personal doméstico. Ningún país tiene más empleados domésticos que Brasil: alrededor de 7.2 millones, de acuerdo con un reciente informe de la Organización Mundial del Trabajo (o 6.6 millones, de acuerdo con cifras del gobierno brasileño). En contraste, India, con una población cinco veces mayor, tiene 4.2 millones de sirvientes, mientras que el poderoso Estados Unidos da trabajo a solo 667 000. Así que no es de sorprender que, cuando la Asamblea Legislativa aprobó recientemente una enmienda constitucional que otorga nuevos derechos a millones de empleados domésticos, la conversación nacional en Brasil se haya vuelto más estridente en todos los niveles sociales.

La nueva ley, y el tumulto que ha provocado, dicen muchísimo sobre las impresionantes transformaciones, y las crecientes dificultades iniciales, que se extienden por el gigante emergente de América Latina. La ley, con mucho recato, coloca a las sirvientas, niñeras, institutrices, jardineros y conductores en el mismo nivel que los asalariados en general. Y con todo, los hogares brasileños quizá nunca vuelvan a ser iguales. Mientras que los empleados domésticos trabajaban sin límite de tiempo, cobraban míseros salarios y podían ser despedidos por motivos sin importancia, ahora están autorizados a trabajar un máximo de ocho horas, tener vacaciones pagadas de un mes y un sobresueldo de 50 por ciento por trabajar tiempo extraordinario. Además, los empleadores deberán pagar una considerable multa si despiden a sus trabajadores sin justificación. Dirigentes sindicales, eruditos y políticos aclamaron la ley, que fue aprobada sin un solo voto discrepante, como una segunda emancipación. "Hoy hemos clausurado los últimos barrios de esclavos y hemos tirado la llave", dijo Renan Calheiros, presidente del Senado.

Esa fue una mordaz referencia al pasado ignominioso de Brasil. Ningún país del hemisferio occidental importó más esclavos (cuatro millones) ni los mantuvo durante más tiempo (hasta 1888) que Brasil. En algunos aspectos, la sirvienta es el símbolo viviente de una nación donde la esclavitud se eliminó hace apenas 125 años. Y sin embargo, el moderno empleado doméstico brasileño no es solo un esclavo con un teléfono celular. De hecho, conforme Brasil ha prosperado, el número de empleados domésticos ha crecido de 3.7 millones en 1996 a aproximadamente 7 millones en la actualidad. Detrás de este auge se encuentra un gran cambio demográfico que está reconfigurando notablemente al país.

Más de 23 millones de brasileños han salido de la pobreza durante la última década. Alguna vez débil y escasa, la clase media conforma la mayoría de la población ahora. El nuevo Brasil no es solo más adinerado, sino también más igualitario. Mientras el 10 por ciento superior de la sociedad se volvió 16 por ciento más rico en la década anterior, el 10 por ciento más pobre logró aumentar sus ingresos en 94 por ciento. "Brasil es uno de pocos países del mundo donde la desigualdad está disminuyendo", afirma Marcelo Neri, un experto en política social que dirige IPEA, el principal grupo de analistas de política económica de Brasil.

Conforme las mujeres de clase media con aspiraciones han tomado trabajos en tiendas, oficinas y fábricas, la demanda de niñeras y trabajadoras domésticas ha renacido. Al mismo tiempo, las empleadas de ayer quieren tener a sus propias empleadas. Eso representa un mercado de ventas para quienes aún se encuentran en el negocio del trabajo doméstico.

SHARE

COMENTARIOS